



VI

Los días, las semanas, dos meses enteros pasados en el campo haciendo una vida muy solitaria se deslizaron sin sentir y así nos lo pareció; pero habríamos tenido bastante con las sensaciones, las emociones y la dicha encerrada en esos dos meses para llenar toda una vida. Mis ensueños y los suyos acerca de la manera de organizar nuestra existencia, no se realizaron tal y conforme los habíamos concebido; mas, sin embargo, la realidad no

estaba por debajo de aquellas aspiraciones. No fué aquella vida de trabajo estricto, llena de deberes, de abnegación y de sacrificios que imaginé cuando me desposé, sino que, por el contrario, fué el sentimiento absorbente egoísta del amor, las alegrías sin causa y sin fin y el olvido de todas las cosas de este mundo. Es cierto que, algunas veces, ibase á su despacho para ocuparse de algún trabajo; que algunas otras marchaba á la ciudad para sus negocios ó al campo para dirigir las labores agrícolas, pero veía que siempre que se alejaba lo hacía con mucha pena, y él mismo me confesaba que allí en donde yo no estaba á su lado todo le parecía tan desprovisto de interés, que le admiraba haberse podido ocupar en algo. Y á mí me sucedía lo mismo. Poníame á leer, á trabajar, ocupándome de música, labores con mi madre política, de las escuelas, pero todo esto lo hacía porque cada una de esas ocupaciones se relacionaba con él y obtenía su aprobación, y en cuanto su pensamiento no se encontraba asociado de una manera ó de otra

cualquiera de esas cosas, caían inertes mis brazos. Sergio era lo único que existía para mí en el mundo, y le tenía por el sér más hermoso y el más puro que en él pudiese existir, así que no podía vivir más que para él y para seguir siendo á sus ojos aquello por lo que tanto me estimaba: sí, porque me tenía también él á mí por la primera y más seductora de las mujeres, dotada de todas las perfecciones posibles, y hacía todos los esfuerzos imaginables para ser para él esa primera y excelente criatura del mundo entero.

Era nuestra casa una de esas antiguas mansiones campestres en la que, estimándose y amándose los unos á los otros, habíanse sucedido muchas generaciones de antepasados. Todo en ella respiraba los buenos y puros recuerdos de la familia que, en cuanto puse los pies en ella, convirtiéronse en seguida en mis propios recuerdos. El arreglo y el orden de aquella casa habíalos dispuesto Tatiana Semenovna á la antigua usanza, no pudiéndose decir que todo era elegante ni bonito, pero

desde la vajilla hasta el mobiliario y los manjares, todo era bueno y abundante al mismo tiempo que limpio, sólido y de tal modo regular, que inspiraba una especie de respeto. Los muebles estaban ordenadamente colocados en el salón, las paredes cubiertas simétricamente de cuadros y el pavimento cubierto con antiguas alfombras, propiedad de la familia, y con telas enceradas, en algunas de las cuales habían pintado paisajes. En un saloncito inmediato veíase un piano de cola, dos chineros de distintas formas, un diván y unos cuadros adornados con incrustaciones de cobre. Mi gabinete, de cuyo adorno había cuidado Tatiana Semenovna, encerraba muebles los más distintos y los más hermosos de diversas épocas, distinguiéndose entre ellos un gran tremol con su espejo que ocupaba todo el hueco de una puerta y que al principio contemplaba con tímida mirada, y al que después quise como á un amigo antiguo. Jamás se oía la voz de Tatiana Semenovna y, sin embargo, en la casa marchaba todo con un orden admirable,

con la regularidad de un reloj bien montado, por más que en ella se albergaba más gente de la que era necesaria para el servicio; todos aquellos criados usaban calzado de suela blanda y sin tacón, porque Tatiana Semenovna sostenía que el crujir de las suelas y el ruido de los tacones eran las cosas más desagradables del mundo, y estaban como orgullosos de su clase, pero temblaban en presencia de la anciana señora, y á mi marido y á mí nos daban pruebas de una benevolencia protectora, al mismo tiempo que cada uno de ellos parecía cumplir su deber con una satisfacción especial. Con perfecta regularidad lavábanse todos los sábados los suelos y se sacudían las alfombras, y los primeros días del mes se cantaba el *Te Deum*, rociándose con agua bendita, y los días de los santos de Tatiana Semenovna y de su hijo (y en el mío, que se celebraba aquel año por primera vez), se daba un banquete á todos los amigos de las cercanías, realizándose todo esto con la misma fijeza que

en los tiempos más remotos de que se acordaba la excelente señora.

No se mezclaba para nada mi marido en el gobierno de la casa, limitándose á ocuparse de la dirección de los trabajos agrícolas y de los que en ellos se empleaban, lo cual le daba bastante qué hacer. Hasta durante el invierno se levantaba muy temprano, de manera que muchas veces, al despertarme, no le veía. Volvía generalmente á la hora del té, que tomábamos solos. Y en aquellos momentos, después de haber terminado los quehaceres y quebraderos de cabeza que le producía la gestión de sus asuntos, se sumía en ese estado de ánimo especialmente jovial á que habíamos dado el nombre de «transporte salvaje». Preguntábale con mucha frecuencia qué era lo que había hecho por la mañana, y solía narrarme tales locuras, que nos desternillábamos de risa... Algunas veces le pedía que me contase las cosas en serio y lo hacía reprimiendo las ganas de reír. En cuanto á mí, contemplaba sus ojos, el movimiento de sus

labios, sin comprender nada, habiéndome divertido viéndole y oyéndole hablar.

—Veamos, ¿qué es lo que he dicho? Repítelo,—me decía,—y yo no podía hacerlo.

Tatiana Semenovna, que tomaba á solas y en su cuarto el té, no se presentaba hasta la hora de comer, y sólo por medio de embajadores nos enviaba los buenos días. Costábame mucho trabajo contenerme y echarme á reír, cuando se presentaba la doncella, con las manos una encima de la otra, y, con tono muy mesurado, preguntaba, de parte de su señora, cómo habíamos pasado la noche y qué nos parecían las pastas que nos sirvieron con el té. Rara era la vez que permanecíamos juntos hasta la hora de comer, pues tocaba el piano ó leía á solas mientras que Sergio escribía ó volvía á salir; pero á la hora de la comida, que era la de las cuatro, bajábamos todos al salón, y mi madre política salía de su cuarto y se presentaban entonces los pobres hidalgos, los peregrinos, de los que siempre había tres ó cuatro hospedados en casa. Por lo

general, y siguiendo en esto la antigua costumbre, mi marido ofrecía el brazo á su madre para pasar al comedor, pero había exigido que yo me apoyase en el otro. Presidía mamá la comida, y la conversación tomaba en seguida un tono serio, meditativo, que no estaba exento de cierta solemnidad, siendo únicamente las palabras más sencillas las que cambiábamos con mi marido, las que daban un sesgo más alegre á aquel aspecto tan ceremonioso de nuestras sesiones en la mesa. Terminada la comida, sentábase mamá en un gran sillón en el salón y se entretenía en cortar las hojas de los libros que habían llegado por el correo; y en cuanto á nosotros, los leíamos en voz alta ó pasábamos al saloncito inmediato para tocar el piano. Durante ese tiempo, leímos juntos muchas obras, pero, á pesar de eso, era la música nuestra diversión favorita y más preciada, pues cada vez hace vibrar nuevas cuerdas en nuestros corazones, revelándonos el uno al otro bajo un aspecto siempre nuevo. En aquellas ocasiones en que

tocaba una de sus obras favoritas, ibase á sentar á un diván alejado, á un sitio en el cual yo no podía verle, y allí, por una especie de pudor del sentimiento, hacía esfuerzos para ocultar las impresiones que experimentaba con la música, pero con frecuencia, y en los momentos en que menos lo esperaba, abandonaba yo el piano, me acercaba á él y procuraba sorprender en su rostro las huellas de su emoción, el resplandor casi sobrenatural de sus miradas empañadas por la humedad de alguna lágrima que quería ocultarme. Volvíame luego al gran salón para servir el té de la noche, y toda la familia se encontraba reunida de nuevo alrededor de la mesa. Durante largo tiempo me impresionó mucho aquella solemne sesión al lado de la tetera y ante una especie de tribunal al que tenía que distribuir vasos y tazas. Parecíame siempre que no era digna aún de semejantes honores y que era demasiado joven y aturdida para abrir la espita de la gran cafetera, para poner un vaso

en un plato y decir: «Este para Pedro Ivanovitch y este para María Minichna», preguntando al mismo tiempo: «¿Está bastante azucarado?» y después dar unos cuantos terrones de azúcar á la anciana criada y á los otros criados viejos. «¡Está muy bien! ¡Perfectamente bien! ¡Lo mismo que una persona mayor!» solía decir mi marido, y esto contribuía á intimidarme más y más.

Después del té, mamá mandaba disponer una mesilla y hacía que María Minichna la echase las cartas, y más tarde nos besaba á los dos, bendiciéndonos, y nos retirábamos á nuestras habitaciones. La mayor parte del tiempo, sin embargo, prolongábamos la velada á solas hasta más de las doce y éstas eran las horas mejores y más agradables para nosotros. Me contaba su pasado, hacíamos planes, algunas veces filosofábamos y procurábamos decirnos lo que pensábamos, todo sin ruido para que nadie nos oyese. Tanto él como yo, puede decirse que vivíamos como extraños en aquella vetusta mansión, sobre la que parecía

cernerse el espíritu severo del tiempo pasado y de Tatiana Semenovna.

No era esta sola la que me inspiraba respeto, sino además todas aquellas gentes, los criados ancianos, los muebles y los cuadros, teniendo al mismo tiempo conciencia de que mi marido y yo no ocupábamos nuestro sitio y que nos era preciso vivir con mucha circunspección. Tanto como hoy lo recuerdo me parece que, lo mismo á Sergio que á mí nos costaba trabajo soportar aquel orden tan severo y aquel prodigioso número de gentes ociosas y curiosas como había en nuestra casa; pero esa misma especie de opresión contribuía á vivificar nuestro mutuo amor. No sólo yo, sino también Sergio, hacíamos todo lo posible para no revelar nuestro disgusto si veíamos algo que nos desagradase. Algunas veces esa calma y esa indulgencia y esa especie de indiferencia, hacía todas aquellas cosas que me irritaban y esa conducta tildábala yo de debilidad.

—¡Ah! ¿Acaso, querida Katia.—me respon-

dió una vez que le manifesté mi aburrimiento, —es posible que pueda manifestar descontento, sea quien quiera el que lo experimente, cuando se es tan feliz como lo somos nosotros? Es mucho más fácil ceder á los otros que hacerlos plegar á nuestros caprichos, y esa es una cosa de que hace mucho tiempo que estoy convencido y también de que no hay en este mundo posición alguna en la que no se pueda ser feliz; ¡todo va tan bien para nosotros! No sé cómo hacer para enfadarme, pues hoy, para mí no hay nada que sea malo; no hay más que cosas tristes y extrañas; pero por cima de todo *lo mejor es enemigo de lo bueno*. ¡Querrás creer que, cuando oigo la campanilla, recibo una carta ó sencillamente al despertarme, tengo miedo, sí, se apodera de mí el miedo de esa obligación de vivir, el miedo de que cambie alguna cosa porque no encontraré nada que valga tanto como el momento presente!

Lo creía, pero no lo comprendía; me encontraba bien y se me figuraba que todo aquello

era como debía ser, no pudiendo ser de otro modo y que así era para todos y que en alguna parte debía haber otras dichas, no mucho más grandes, pero sí distintas.

Fué de este modo como transcurrieron dos meses, sucediéndoles el invierno con sus fríos y sus borrascas, y por más que Sergio estuviese á mi lado, empecé á creerme muy sola; comprendía que la vida no hacía más que repetirse, que no ofrecía nada nuevo ni para mí ni para él, sino al contrario, parecía que volvíamos sin cesar sobre nuestros propios pasos. Empezó á ocuparse más y más de sus asuntos apartándose más de mí que en lo pasado, y se me figuró otra vez que existía en él, allá en el fondo de su alma, un mundo reservado en el que no quería admitirme, irritándome su inalterable serenidad. No le quería menos que antes, no me consideraba menos dichosa que en tiempos anteriores, pero mi amor se había estacionado y no crecía más y que, fuera del amor, no sé que sentimiento nuevo, lleno de turbación, se deslizaba en mi corazón,

Era muy poco para mí el seguir amando después de haber experimentado la dicha inefable y grande de amarle una primera vez, pues necesitaba agitación, peligro y hasta el sacrificio de mí misma en el orden de los sentimientos. Había en mí una exuberancia de fuerzas que no encontraban su empleo en nuestra existencia tranquila; tenía momentos de tristeza, que procuraba ocultarle como si fuesen una cosa mala y arranques de ternura furiosa y de alegría que no hacían más que asustarle. Como antaño seguía estudiando las disposiciones de mi espíritu y llegó un día en que me propuso que marcháramos á la ciudad; mas yo le supliqué que no fuésemos y que no cambiásemos en nada nuestra vida por temor á no tocar la dicha de que gozábamos. Y, en realidad, era yo feliz, pero me atormentaba el ver que esa dicha no llevaba consigo ningún trabajo ni sacrificio cuando estaba intimamente convencida de que languidecían en mí todas las fuerzas del sacrificio y del trabajo. Le amaba, veía que lo era

todo para él; pero experimentaba deseos vivísimos de que todos viviesen nuestro amor, que me quisiesen impedir que le amase y amarle á pesar de todo y de todos. Mi espíritu, y hasta mis sentidos encontraban allí su campo de acción; pero había siempre un *sin embargo*, el sentimiento de la juventud, cierta necesidad de movimiento que no encontraba satisfacción posible en nuestra vida tranquila. ¿Por qué me decía que podíamos ir á la capital tan luego como se me antojase? Si no me lo hubiese dicho tal vez habría comprendido que aquel sentimiento, que me oprimía, era una quimera perniciosa, una falta de la que era culpable. El creer que podía librarme del aburrimiento no más que marchando á la capital, hacía no obstante, que algunas veces acudiese á mi mente esa idea, y por otra parte, como aquéllo equivalía á arrancarle á todo lo que amaba, sentía como vergüenza y al mismo tiempo me apenaba que tuviese que hacerlo por mí.

El tiempo seguía su marcha y la nieve se

amontonaba cada vez más contra las paredes de la casa y nosotros seguíamos viviendo solos, enteramente solos y siempre el uno enfrente del otro mientras que allá abajo... lejos... no sabía en donde, la muchedumbre se agitaba y bullía en medio de la agitación y el barullo, sufriendo ó divirtiéndose sin acordarse de nosotros ó de nuestra existencia como desaparecida. Era para mí lo peor de todo el comprender que cada día la cadena de la costumbre nos embutía en un molde preciso y que hasta nuestros propios sentimientos iban á entrar en esa misma servidumbre y someterse á la ley monótona é impasible del tiempo: estar alegres por la mañana, manifestarse respetuosos á la hora de comer y tener momentos de ternura. ¡Hacer bien! me decía; esto es cosa maravillosa, hacer bien y vivir honradamente, como lo dice él, para eso tenemos aún tiempo; pero había otras muchas cosas para las cuales, á la sazón únicamente me sentía con fuerzas. No era esto que me faltase, sino que lo que echaba de menos era

la lucha y el que fuese el sentimiento el que nos sirviese de guía en la vida y no que la vida dirigiese nuestros sentimientos. Habría deseado entonces acercarme con él al abismo y decirle: un paso más y me tiro, un movimiento y perezco, y que él entonces, palideciendo al verme al borde del abismo me cogiese con su mano nerviosa teniéndome suspendida al aire de tal manera, que mi corazón se sintiese helado y que después me hubiese llevado á donde se le antojara.

Este estado de mi ánimo influyó, y mucho, hasta en el de mi salud y empezaron á resentirse los nervios. Una mañana, en que yo me encontraba peor que de costumbre, volvió Sergio á casa de muy mal humor, cosa que á él le sucedía raras veces. Me llamó esto la atención; le pregunté lo que le sucedía, y no me lo quiso decir, manifestando que no valía la pena. Más tarde pude averiguar que el ispravnik (1) había citado á varios de nuestros colonos exigiéndoles alguna cosa ilegal, pues

(1) Magistrado encargado de la policía del distrito.

tenía mala voluntad á mi marido, al que envió además algún mensaje amenazador. A Sergio le desagradó mucho aquel procedimiento, y como en el fondo todo era ridículo y lamentable, no quiso hablar á nadie del asunto. Se me figuró, sin embargo, que si no me había querido decir nada era porque me consideraba como á una niña que no podía, en su concepto, entender de lo que se trataba. Me alejé en silencio sin decir ni una palabra mientras que él se marchaba á su despacho cuya puerta cerró tras sí. En cuanto dejé de oírle me senté en un diván sintiendo grandes deseos de echarme á llorar. ¿Por qué, me pregunté, persiste en humillarme con esa calma solemne y en querer siempre tener razón delante de mí? ¿Es que no tengo yo también razón cuando me aburro, sobre todo cuando siento el vacío y quiero vivir, moverme, no permanecer todos los días en el mismo sitio y no ver que el tiempo pasa sin que yo le siga en su marcha? Quiero ir adelante, cada día, cada hora; quiero cosas nuevas, mientras que

Sergio quiere permanecer estacionario teniéndome á su lado; ¡y no obstante, cuán fácil le sería contentarme! Para lograrlo no necesitaba llevarme á la capital; se necesitaba únicamente que fuese como yo, que no tratase de dominarse quebrantando con sus esfuerzos sus propios sentimientos, en una palabra, y sencillamente; que viviese. Esto era lo que él me aconsejaba y, sin embargo, no parecía él tan sencillo. Sentía que las lágrimas pugnaban por salir de mis ojos y que mi irritación contra él iba en aumento. Tuve miedo de esa cólera y fuíme á buscarle. Estaba sentado en su despacho y escribiendo. Al oír el ruido de mis pasos se volvió un momento para mirarme con aire tranquilo é indiferente y siguió escribiendo. Aquella mirada me desagradó más que nada y en vez de acercarme á él me quedé al lado de la mesa en que escribía y cogiendo un libro empecé á leer. Se volvió entonces por segunda vez y me miró.

—Hoy no estás en tu centro, Katia,—me dijo.

Contesté sólo con una mirada muy fría que quería decir: «¡Vaya una observación! ¿De dónde sale tanta amabilidad?» Meneó la cabeza y tímida, tiernamente me sonrió; mas, por primera vez, mi sonrisa no respondió á la suya.

—¿Qué te ha pasado esta mañana? ¿Porqué no me dijistes nada?—pregunté.

—Nada, una cosa que no vale la pena,—me respondió.—Ahora ya puedo contártelo. Dos mozos de labranza fueron á la ciudad...

Le interrumpí sin darle tiempo para concluir.

—¿Y por qué no me lo contastes cuando te lo pedí?

—Por qué te habría dicho alguna tontería; tan incomodado estaba.

—Pues era en aquel momento cuando precisamente convenia hacerlo.

—¿Y porqué razón?

—¿Es que te crees que nunca podré ayudarte en nada?

—¿Qué yo pienso eso?—respondió tirando

la pluma.—Lo que pienso es que no podría vivir sin tí. En todas las cosas, absolutamente en todas, no sólo eres una ayuda para mí, sino que además es por tí por quien todo se hace. En verdad que llegaste á punto,—añadió echándose á reir.—Es por tí por quien únicamente vivo yo y se me figura que nada está bien cuando no te hallas tú delante, porque has de saber...

—Sí, ya lo sé, porque soy una chiquilla caprichosa á la que hay que tranquilizar,—dije con un tono tal que se me quedó mirando con mucha sorpresa.—¡No quiero más; tanta tranquilidad me sobra!

—Entonces escúchame y te enterarás de lo que se trata,—empezó á decir con mucha precipitación é interrumpiéndome como si tuviese miedo de darme tiempo para decirlo todo.—Veamos, ¿qué es lo que piensas?

—Ahora no quiero decirlo,—respondí y por más que era para mí muy agradable el oírle en aquel instante, gocé perturbando su tranquilidad.—No quiero jugar con los goces de

la vida,—añadí,—lo que deseo es vivir; lo mismo que tú. Su rostro en cuyos rasgos se revelaban todos los efectos con tanta rapidez y viveza, dejó traslucir un sufrimiento y una atención poderosamente excitadas.

—Quiero vivir contigo con perfecta igualdad... No pude empero continuar, porque observé que su rostro adquiría una expresión de profundo dolor. Por un momento se calló.

—¿Y en qué no vives bajo un pie de absoluta igualdad conmigo?—me dijo.—Es á mí y no á tí á quien concierne ese malhadado asunto del ispravnik y de los mozos de la branza borrachos...

—Sí, pero no se trata sólo de ese caso,—repliqué.

—¡Por el amor de Dios haz por comprenderme, amiga mía!—siguió diciendo.—Sí; y me consta que los quebraderos de cabeza son siempre una cosa dolorosa para nosotros; he vivido mucho, tengo más años que tú y lo aprendí á mi costa. Te amo y por consiguiente quisiera libertarte de toda cavilación. Hé

ahí cuales son: mi vida y mi amor para tí y como esto es así no me impidas que viva.

—Siempre tienes razón,—contesté sin mirarle porque me molestaba una vez más que su alma estuviese serena y tranquila, cuando la mía estaba llena de despecho y de un sentimiento que se parecía en algo al arrepentimiento.

—Pero, Katia, ¿qué es lo que tienes?—me dijo.—No se trata aquí de saber cual de los dos tiene razón, sino de otra cosa ¿qué es lo que tienes en contra mía? No me lo digas en seguida, reflexiona y luego me dirás todo lo que piensas. Estás descontenta de mí y sin duda tendrás razón; pero explícate y sepamos en que soy culpable.

Mas ¿cómo era posible que pudiese decirle todo lo que sentía en el fondo del alma? La idea de que una sola mirada le había bastado para comprenderme y que me encontraba delante de él otra vez como una chiquilla; la idea de que no podía hacer nada sin que lo

comprendiese ó previese, me torturaba más que nunca.

—No puedo decir nada en contra tuya,— respondi,—y lo único que hay es que me aburro mucho y no quisiera aburrirme; pero dime que es necesario que esto suceda así y una vez más tendrás razón.

Al mismo tiempo que decía estas palabras le miraba habiendo logrado lo que me proponía. Desapareció su serenidad y el terror y sufrimiento se revelaban en su rostro.

—No es jugar ni charlar insustancialmente lo que hacemos en este momento, Katia, sino que en este momento se decide nuestro destino,—me dijo con voz conmovida y trémula.— Te suplico que no digas nada y que me escuches: ¿por qué quieres atormentarme de ese modo?

Le interrumpí diciendo con mucha frialdad como si no fuese yo misma y un genio malo inspirase mis palabras.

—No me digas nada; tienes razón.

—¡Si tú supieses lo que estás haciendo!— exclamó con voz ahogada.

Me eché á llorar y sentí mi corazón como aliviado. Habíase sentado á mi lado sin decir nada y le tuve compasión, avergonzándome de mi misma por la pena que le causaba. No le miré y se me figuró que debía contemplarme en aquellos momentos con una mirada ó severa ó perpleja. Me volví para verle y observé que su mirada, cariñosa y tierna, se fijaba en mí como si me pidiese perdón. Le cogí la mano diciéndole:

—¡Perdóname, porque ni siquiera sabía lo que me decía!

—Pero yo sí lo sabía lo que tú decías y sé que decías la verdad.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Qué es necesario que nos vayamos á San Petersburgo,—me contestó,—pues ahora no hay nada que hacer aquí.

—Cómo quieras.

—¿Me perdonas?—me preguntó cogiéndome

entre sus brazos y besándome.—Fuí culpable contigo...

Aquella velada toqué durante largo rato el piano, mientras que Sergio se paseaba por el salón murmurando entre dientes y en voz muy baja algunas palabras. Tenía esa costumbre y con frecuencia le preguntaba que era lo que decía, y sin dejar su cavilación, me repetía aquello mismo que mascullara antes. La mayor parte de las veces eran versos, otras algún absurdo, pero ese mismo absurdo me revelaba cuál era el estado de su alma.

—¿Qué es lo que estás murmurando ahí?— le pregunté aquella noche.

Se paró, se quedó pensativo y sin dejar de sonreír me respondió recitando unas palabras de Lermontoff:

*¡Insensato, invocaba la tempestad cual si en la tempestad pudiese reinar la paz!*

—¡Es más que un hombre!—pensé.—¡Cómo adivina todas las cosas! ¡Es imposible no amarle!

Me levanté, y cogiéndole la mano empecé á

andar á su lado, procurando llevar el mismo paso.

—¡Y bien!—exclamó sonriendo y mirándome.

—¡Y bien!—repetí, y no sé qué arranque de nuestras almas nos hizo arrojar uno en brazos del otro.

Al cabo de dos semanas, y antes de las fiestas, llegamos á San Petersburgo.